

De los buenos y malos usos de las armas químicas

Josep Fontana
Historiador

2 septiembre 2013

(Traducción de Jordi Domènech)

Como es sabido, las armas químicas se utilizaron por primera vez en la I Guerra Mundial, con resultados equívocos, por la dificultad de su uso, sometido a los cambios de dirección del viento en un campo de batalla. Una de sus víctimas fue el cabo Adolf Hitler, a quien los gases provocaron una ceguera temporal, y que nos asegura que fue durante su estancia en el hospital cuando se le apareció la patria, pidiéndole que la salvara.

El escándalo que produjo la aparición de esta nueva arma fue la causa de que en 1925 se firmara en Ginebra un protocolo prohibiendo el uso de armas químicas y bacteriológicas. Un protocolo que Estados Unidos no ratificó hasta 1975, ya que a sus militares no les gusta que nadie de fuera les controle. Tampoco puede decirse que quienes lo ratificaron, como España, hicieran demasiado caso. En 1925 el ejército español seguía utilizando gases en Marruecos, con el apoyo entusiasta del rey Alfonso XIII, que era partidario de "reducir a Abd el-Krim, recurriendo a los medios más violentos y sin preocuparse demasiado de vanas consideraciones humanitarias", mediante "un bombardeo intenso y continuo de las tribus situadas en el corazón mismo del Rif, utilizando los gases más nocivos posible". Siguieron utilizándolos también los ingleses en las colonias, los japoneses en China o los italianos en Etiopía, en 1935.

Uno de los misterios no resueltos de la II Guerra Mundial, es averiguar por qué los alemanes no los utilizaron, a pesar de que habían desarrollado gases más eficaces como el "sarín" (nombre formado con las iniciales de los apellidos de los cuatro científicos que lo descubrieron), y llegó a construir en Silesia una fábrica que podía producir gases tóxicos en cantidad suficiente para abastecer al ejército y a la aviación.

Los servicios de inteligencia norteamericanos, la OSS, pensaban que podía deberse a que los alemanes dependían en gran medida de la tracción animal para el transporte de guerra y no podían arriesgarse a que la respuesta de sus enemigos les paralizara (no hay manera de conseguir que un caballo use la máscara antigás).

Pero no se entiende que no los emplearan en los últimos momentos de la guerra, cuando podían haber frenado el desembarco de Normandía en junio de 1944, lanzando gases sobre la estrecha zona en que debía de desembarcar la operación. De hecho, los aliados habían preparado en Gran Bretaña una provisión de bombas químicas para actuar en represalia y disuadirles de seguir utilizando armas químicas si, como temían, se decidían a ello. No se sabe tampoco por qué no hicieron caso a Robert Ley, que propuso la creación de un "cordón sanitario" a lo largo de los 750 km de la frontera con la Unión Soviética, contaminando el terreno de manera que impidiera avanzar a los rusos. El caso es que conservaron el arsenal de bombas de gas, transportándolo por ferrocarril y por barco para impedir que cayera en manos de sus enemigos, y exterminaron a los trabajadores que quedaban en Mauthausen para mantener en secreto este episodio.

Al acabar la guerra, norteamericanos, británicos y soviéticos se apresuraron a hacerse con los secretos de la química de guerra nazi, a fin de desarrollar sus propios arsenales. Estados Unidos, donde el presidente Roosevelt había impulsado la investigación de armas químicas y biológicas desde 1943, continuó produciendo y almacenando nuevas armas durante muchos años. Dejando de lado las acusaciones de que las hubiesen empleado en la guerra de Corea, o que las utilizaran para arruinar las cosechas en Cuba, lo que es evidente es que hay que considerar como un arma química el Agente Naranja utilizado ampliamente en la guerra de Vietnam, y que, según la Cruz Roja, causó centenares de miles de muertes y provocó deformaciones y enfermedades en los niños vietnamitas, además de afectar con cáncer y diversas enfermedades a miles de veteranos norteamericanos de aquella guerra.

Estados Unidos siguió produciendo nuevas armas químicas y biológicas hasta 1969, después de que un experimento a cielo abierto en Dugway Proving Ground, en Utah, matara a 6.000 ovejas que pasturaban a unos 50 km, y que el público se escandalizara al conocer que el ejército acostumbraba a deshacerse de las armas químicas sobrantes o caducadas transportándolas en trenes por todo el país, para cargarlas en buques que eran hundidos en el mar. Esto se sumaba a las condenas internacionales que aseguraban que los norteamericanos violaban en Vietnam la Convención de 1925 con el uso de defoliantes que tenían graves consecuencias sobre los humanos. Movidio por el escándalo interior y por las condenas internacionales, Nixon decidió prohibir la continuación de la experimentación de nuevas armas químicas, limitando la investigación a aspectos relacionados con la defensa.

La ambigüedad de la postura norteamericana en esta materia quedó clara pocos años más tarde, durante la guerra entre Irak e Irán de 1980 a 1988, en la que los norteamericanos favorecieron a Saddam Hussein, que era entonces su protegido, y aceptaron que éste utilizara armas químicas contra los iraníes y contra los kurdos, con el resultado de matanzas terribles. Aunque estaban convencidos de que Saddam producía estas armas con materiales que compraba en países occidentales, incluyendo Estados Unidos —en ATCC (American Type Culture Collection), una empresa de biotecnología que aún existe

—, no solamente no hicieron nada para evitarlo, sino que cuando supieron que Irán se proponía denunciar a Irak a las Naciones Unidas, se dieron instrucciones al representante norteamericano en la ONU para que aconsejara a las representaciones de naciones amigas que no dieran una respuesta positiva a la petición de condena que presentaban los iraníes, y que, en el caso de no poder evitar que se tramitara, se abstuvieran en la votación.

Nadie denunció entonces al público europeo el horror de lo que estaba sucediendo, de la misma manera que no se habían denunciado los efectos del Agente Naranja en Vietnam, ni se mostraron fotografías de las víctimas, incluyendo los niños muertos en territorio kurdo. Muy al contrario, cuando un periodista independiente como Robert Fisk, que en aquel entonces colaboraba para *Times*, quiso contar los horrores que había visto, el periódico recibió un aviso del Ministerio de Asuntos Exteriores británico advirtiéndole que aquella clase de artículos "no eran útiles".

Está claro que eso de las armas químicas no es lo mismo cuando las emplea un amigo que cuando las utiliza un enemigo. La suerte de las víctimas se oculta en unos casos, y se utiliza a efectos de propaganda, en otros. Hay buenos y malos usos de las armas químicas, y víctimas que se exhiben para justificar una política destinada a producir más víctimas, y otras que se procura ocultar y olvidar.

Fuente original:

"Dels bons i mals usos de les armes químiques", *La Lamentable*, 2 septiembre 2013

<http://lamentable.org/dels-bons-i-mals-usos-de-les-armes-quimiques/>